

Una historia incipiente: los liberales en el reinado de Isabel II

María Cruz Romeo Mateo

Universitat de València

Probablemente habrá algún lector que se sorprenda de la asociación que el título de estas páginas establece. Hablar de historia incipiente cuando nos referimos a la etapa conformadora del liberalismo español y de su principal estructura política, el Estado-nación, podría ser una manera un tanto exagerada de caracterizar la historiografía sobre el reinado de Isabel II. Al fin y al cabo, procesos tan esenciales para la formación de la España contemporánea como la revolución liberal o el desarrollo del capitalismo adquirieron carta de naturaleza entre los años treinta y sesenta del siglo XIX; y algunas de estas dinámicas han gozado de una espléndida salud historiográfica desde hace varias décadas. Con todo, y como recordaba en 1998 en esta misma revista, la historia política de este período sigue siendo una de las más descuidadas o desatendidas de la época contemporánea, y no sólo en razón de los clamorosos vacíos temáticos que aún persisten, sino también de la limitada renovación de perspectivas analíticas y enfoques interpretativos experimentada¹. El éxito incuestionable de la agenda investigadora perfilada en las décadas de 1970 y 1980 ha podido marginar otros campos de interés analítico en un doble sentido. Por un lado, se ha sedimentado la impresión entre muchos jóvenes historiadores de que poco más se puede aportar a la comprensión de esa época. Por otro, los procesos mencionados se han fundido y confundido con las peculiaridades históricas, es decir, cambiantes del liberalismo y

¹ ROMEO, M.^a C.: «La política de Isabel II: comentario bibliográfico», en BURDIEL, I. (ed.): *La política en el reinado de Isabel II*, Ayer, 29, 1998, pp. 217-228.

de la «sociedad burguesa». Por supuesto que ambos fenómenos no son cabalmente comprensibles si no se contempla la revolución liberal o el desenvolvimiento capitalista; pero eso no significa que puedan equipararse sin más. Al final, la investigación sobre la historia política o sociopolítica de la etapa isabelina se ha visto condicionada por esas consecuencias –al margen de otras posibles consideraciones ligadas a la propia evolución de la historia contemporánea–

Todo ello no significa, por otra parte, que se haya alcanzado un consenso entre la comunidad académica sobre el alcance de la revolución liberal, el carácter de la «sociedad burguesa» o el arraigo social del liberalismo isabelino que pudiera impulsar la reflexión en torno a nuevos problemas e intereses investigadores relegando un tanto los temas clásicos. Al contrario, lejos se está de haber fijado un común denominador aceptado por la mayoría de estudiosos. Mientras que unos historiadores plantean con minuciosidad los cambios sociales a que dio lugar la revolución como fenómeno político, otros insisten en la abrumadora pervivencia de las oligarquías del antiguo régimen; unos analizan las luces y las sombras de un liberalismo con capacidad de atraer a amplios sectores de la población desde los años veinte, y otros sólo ven su vertiente elitista urbana en un inmenso océano de tradicionalismo anti-liberal. El problema no está en la discrepancia historiográfica, sino en el silencio levantado entre postulados tan distintos. La discusión científica, de tanta relevancia para el desarrollo de la investigación y la apertura de nuevos horizontes teóricos, metodológicos e interpretativos, no es un rasgo suficientemente generalizado. El resultado de ello es, por un lado, el mantenimiento de visiones más que cuestionadas por numerosos estudios y, por otro, la percepción de cierto agotamiento de algunas líneas u ópticas de análisis desplegadas hasta ahora.

En realidad, ¿qué sabemos de la cultura política liberal, de los motivos de la influencia del progresismo entre ciertos sectores de la población a pesar de su fracaso y derrota políticos, de las trayectorias individuales que constituyen la trama de la historia y resultan esenciales en la configuración de los núcleos políticos de mediados del siglo XIX? O, en otro orden, ¿conocemos las ideologías, costumbres e instituciones sobre las que se sustentó la autoridad social y moral de unos determinados grupos sociales sobre el resto de la gente o los lenguajes de lo público y de lo privado que codificaron las relaciones sociales, coadyuvaron a construir identidades políticas y perfilaron la cultura liberal y el propio liberalismo? En este sentido es en el que considero

que la historia de los liberales en el reinado de Isabel II podría caracterizarse como incipiente. Incipiente por lo que todavía desconocemos, pero sobre todo por las contadas iniciativas que en el campo de la reflexión teórico-metodológica se han emprendido en torno al sujeto/individuo, el lenguaje político, la identidad colectiva, la acción política o la sociedad. La comparación con otras tradiciones historiográficas, léase la británica o la francesa, orientadas al estudio de fenómenos revolucionarios o a los procesos sociales y culturales de construcción de identidades políticas, resulta en este punto descorazonadora. Es significativo que las propuestas y argumentaciones de, por ejemplo, Keith M. Baker, Patriek Joyce, James Vernon, Eugenio F. Biagini o Joan W. Scott hayan sido tan poco consideradas por la historiografía española como sugerencias, no por ello indiscutibles, de una nueva historia política².

De todos modos, la historia política de la etapa isabelina parece últimamente abrirse a nuevos terrenos poco o deficientemente explorados hasta ahora. Dos me parecen los más destacados en el panorama editorial: la biografía y el estudio del universo progresista. Detrás de la opción por el análisis biográfico pueden encontrarse diversos motivos. Unos ligados a consideraciones de modas historiográficas, sin más disquisiciones en torno a lo que esta opción representa; otros vinculados a las demandas del mercado y los intereses de los lectores; otros, en fin, responden a un esfuerzo teórico consciente por pensar el individuo, el fragmento de vida y la escritura histórica. En este ámbito debe destacarse el proyecto coordinado por Isabel Burdiel y Manuel Pérez Ledesma (*Liberales, agitadores y conspiradores*, Madrid, Espasa Calpe, 2000) y, en particular, el capítulo redactado por Isabel Burdiel, «La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica». Con un explícito objetivo

² Un análisis de las críticas a las que ha sido sometida la historia social en las dos últimas décadas, así como una propuesta de reconstrucción historiográfica de la teoría social a partir de esas críticas, en CABRERA, M. A.: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra, 2001. De los autores mencionados, algunas obras de referencia son las siguientes: BAKER, K. M.: *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Nueva York, Cambridge University Press, 1990; JOYCE, P.: *Democratic Subjects. The Self and the Social in Nineteenth-Century England*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994; VERNON, J.: *Politics and the People. A Study in English Political Culture, c. 1815-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993; BIAGINI, E. F., y REID, A. J. (eds.): *Currents of Radicalism. Popular Radicalism, Organised Labour and Party Politics in Britain, 1850-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; SCOTT, J. W.: *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.

teórico y metodológico, la autora discute los usos de la biografía y rescata este tipo de relato histórico de críticas y propuestas conservadoras. Constituye, escribe, «un observatorio privilegiado» para analizar «las múltiples formas de discontinuidad del tiempo histórico, individual y colectivo, impugnando su linealidad, orden y coherencia» (p. 43). Como observatorio, pues, la biografía resulta un instrumento poderoso para «cuestionar tanto una noción de sujeto unitaria y coherente como aquella comprensión de la historia que trata de abarcarla y reducirla a través de la omnipresente y estéril metáfora de la verticalidad —**IO** económico determina lo social, que a su vez determina lo político, cultural e ideológico—» (p. 44).

La importancia y la valoración del género biográfico, sea individual o colectivo, no se limitan, de este modo, a rescatar de la historia sujetos protagonistas u olvidados, relevantes o anónimos. Por el contrario, supone un complejísimo ejercicio de escritura que pugna con el sentido común historiográfico, con algunas de nuestras más arraigadas narrativas de la historia que si algo indican es, como la metáfora de la verticalidad que Isabel Burdiel denuncia, el triunfo de unos determinados lenguajes a través de los cuales construimos la realidad.

Hay en esta obra que comento otro interés u objetivo. Es el de dar cuenta de la configuración de la memoria y la explicación histórica decimonónicas a través de las experiencias fragmentadas de un puñado de hombres y mujeres liberales y radicales, ellos también sujetos y actores de la historia. Después de unos años de celebraciones y conmemoraciones dedicadas a una figura, Antonio Cánovas del Castillo, y a una época, la Restauración, de contenidos conservadores o de un liberalismo oficial poco proclive al protagonismo de la ciudadanía, las semblanzas biográficas de José Marchena (realizada por Juan Francisco Fuentes), José María Torrijos (Irene Castells), Mariana Pineda (Carlos Serrano), Eugenio de Aviraneta (Anna M. Carda Rovira), Juan Álvarez y Mendizábal (Juan Pan-Montojo), Baldomero Espartero (Adrian Schubert), la condesa de Espoz y Mina (M.a Cruz Romeo), Juan Prim (Josep M. Fradera), Manuel Ruiz Zorrilla (Jordi Canal), José Nakens (Manuel Pérez Ledesma) y Vicente Blasco Ibáñez (Ramiro Reig) pueden ser leídas como una invitación a comprender el mismo siglo XIX también como liberal, heterodoxo y agitador. O, si se quiere, a no olvidar y marginar ese otro liberalismo.

La biografía política ha sido el punto de partida de recientes aportaciones que abordan, además, una cuestión que, aun a riesgo de exa-

gerar, puede reputarse como el gran «agujero negro» de la historia política isabelina, el progresismo. En efecto, resulta llamativa la escasa investigación que ha merecido esta ideología en comparación no sólo con el moderantismo o el carlismo, sino incluso con otras opciones cuyo alcance social fue entonces minoritario, como el republicanismo. Desde principios de la década de 1980, la tradición progresista apenas ha interesado a los historiadores³. Ni siquiera disponemos de trabajos solventes dedicados a los turbulentos y centrales años de la Regencia de Espartero, aunque ahora comienza a prestársele una cierta atención desde la perspectiva local. Así, por ejemplo, Quintí Casals (*El trienni progressista a la Lleida del segle XIX*, Lleida, Pagès editors, 2000) aborda el «ideal político» del gobierno local propugnado por los progresistas y las tensiones sociales que condicionaron la dinámica política y condujeron al fracaso de esa experiencia liberal; o la excelente investigación de Genís Barnosell, cuyo título no hace justicia al contenido del trabajo (*Orígens del sindicalisme català*, Vic, Eumo, 1999). Las transformaciones del mundo gremial catalán y la formación de «asociaciones de oficio» a partir de 1840 son el hilo conductor de un estudio que se adentra en los ámbitos de las experiencias populares durante la última fase de la revolución liberal y de los discursos políticos en competencia en la Barcelona esparterista. Incorporando algunas de las revisiones recientes de la historia social europea, la tercera parte de la obra («Política i ideologia») analiza con minuciosidad las relaciones entre el liberalismo progresista y el mundo de los trabajadores. Sin esquematismos ni reduccionismos tan habituales aún en cierta historiografía, que funde y confunde liberalismo y burguesía, liberalismo político y liberalismo económico o clases populares y adscripción radical por definición, Barnosell detalla las acciones de unos trabajadores que a través de las posibilidades abiertas por el campo de la política pretendieron superar sus desventajas económicas. La colaboración entre sociedades obreras y el progresismo constituye el magma político e ideológico en el que los trabajadores elaborarán un lenguaje de clase que articulará sus experiencias, sus intereses y su identidad, al tiempo que generará unas formas de acción y una práctica política.

³ De la década de 1980 datan los estudios de JOVER ZAMORA, J. M. (dir.): *La Era isabelina y el Sexenio Democrático (1834-1874)*, t. XXXIV de la *Historia de España* Ilustración Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1981; URQUIJO GUTIÉRREZ, J. P.: *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 1984, o MOLINER PRADA, A.: *Joaquín María López y el Partido Progresista (1834-1843)*, Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert», 1988.

De los políticos del reinado de Isabel II, Salustiano de Olózaga y Práxedes Mateo Sagasta han sido los más estudiados últimamente. Al que fuera uno de los grandes dirigentes del progresismo desde los años treinta dedica un análisis Gracia Gómez Urdáñez (*Salustiano de Olózaga. Elites políticas en el liberalismo español, 1805-1843*, Logroño, Universidad de La Rioja, 1999). De la necesidad de contar con una biografía de este personaje clave para la comprensión del universo progresista y de la dinámica del Estado-nación puede dar idea el hecho de que el único relato del que disponíamos hasta ahora databa de 1863, obra de Ángel Fernández de los Ríos. En el fondo, no es más que la constatación, una vez más, de la falta de biografías incluso de los grandes protagonistas del siglo XIX, al menos hasta el Sexenio Democrático.

El uso del método biográfico es en este caso bien distinto al que comentaba anteriormente. El objetivo del estudio, como se nos anuncia desde las primeras páginas, no es «reconstruir una figura particular en todas sus dimensiones». Lo que se persigue es la comprensión de algunos de los principales problemas del siglo XIX. En consecuencia, «la revolución burguesa en España no es la contextualización histórica necesaria para situar la vida del político, sino que es el objetivo mismo del trabajo. Tanto es así que, paradójicamente, Olózaga puede incluso desaparecer de un texto del que se supone que es protagonista» (p. 24). A esa desaparición concurren también otros factores, como la inexistencia de un archivo privado. La asunción por parte de la autora de algunas de las desconfianzas y críticas que desde distintos ámbitos historiográficos se han formulado contra la biografía ha oscurecido, sin embargo, ciertos rasgos de una trayectoria compleja y turbulenta, como fue la de Olózaga.

¿La vida pública de un individuo es la biografía de ese individuo? Como a estas alturas sabemos, la respuesta es cambiante histórica, cultural, social y políticamente. Pero, en cualquier caso, preguntarse por las relaciones entre el espacio de lo público y el espacio de lo privado debería ser una de las primeras tareas de los investigadores. Con ella y a través de ella, no se pretende ir a la búsqueda de lo anecdótico o del puro ornamento narrativo. Bien al contrario. Se trata de analizar los múltiples espacios de identidad que todos los individuos tenemos, los relatos de vida que construimos, moldean las experiencias y tamizan los valores y convenciones sociales. Se trata, en fin, de considerar que el individuo es algo más que mero «representante» de colec-

tivos más amplios (una élite, una clase social o el mundo de los «propietarios», por ejemplo).

Como he indicado, Sagasta ha centrado el interés actual de varios historiadores hasta el punto de poder hablar de «explosión sagastina». Su figura, su trayectoria política y su manera de entender el liberalismo progresista han sido objeto de análisis y atención preferentes en los dos últimos años. Un interés ejemplificado en los trabajos de José Luis Ollero Vallés (*El progresismo como proyecto político en el reinado de Isabel II: Práxedes Mateo-Sagasta, 1854-1868*, Logroño, Gobierno de La Rioja/Instituto de Estudios Riojanos, 1999) o José Ramón Milán Carcía (*Sagasta o el arte de hacer política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001). A ellos hay que sumar la exposición celebrada en el año 2000 en Madrid, de la que fue comisario Carlos Dardé, así como director del correspondiente catálogo (*Sagasta y el Liberalismo español*, Madrid, Fundación BBVA/Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, 2000). Puede afirmarse, pues, que Sagasta está de «moda»¹, anunciando así lo que probablemente suceda en el año 2003, cuando se cumpla el centenario de su muerte. Ante todo, lo que se observa en estos trabajos e investigaciones es una preocupación doble: por una parte, adentrarse en la tradición progresista, de la que formó parte sustancial el propio Sagasta; y, por otra, no fragmentar en las clásicas etapas políticas de la historia de España ni una trayectoria vital, ni una manera de entender el liberalismo y de hacer política.

En esta línea de rescatar la figura de Sagasta de muchos de los tópicos que la han rodeado y de algunos de los duros juicios emitidos con la crisis de fin de siglo, el catálogo, *Sagasta y el liberalismo español*, propone una visión contextualizada históricamente de la trayectoria vital de este personaje y del liberalismo progresista o corrientes de la izquierda liberal. Pocos como él representarían lo que años después Azaña denunciaría como la tragedia liberal, la «tendencia», después de 1854, «a la transacción y el compromiso». Los trabajos de Carlos Dardé, José Luis Ollero y José Ramón Milán son una buena síntesis de esa evolución

¹ La revista *Berceo. Revista Riojana de Ciencias Sociales y Humanidades*, 139, 2000 está dedicada íntegramente a analizar la figura de Sagasta, cuyos discursos y evolución política son también objeto de análisis en CAPELLÁN MIGUEL, G. (ed.): *Parlamento y parlamentarismo en la España Liberal. Manuel de Orovio y Práxedes II: Jateo-Sagasta*, Logroño, Parlamento de La Rioja/Ateneo Riojano, 2000, y CAPELLÁN MIGUEL, C.; DELGADO IDARRETA, J. M., YOLLERO VALLÉS, J. L. (eds.): *Manuel de Orovio y Práxedes II: Jateo-Sagasta. Discursos parlamentarios*, Logroño, Parlamento de La Rioja/Ateneo Riojano, 2000.

y de las dos caras de la actuación política de Sagasta, la conspiración y la labor de gobierno. Las aportaciones de José Varela (la formación y funcionamiento del Estado liberal), de Antonio Gómez Mendoza (la construcción de la red ferroviaria) y de José Mañas Martínez (Cuerpo de Ingenieros de Caminos) enmarcan tres de las grandes tareas y preocupaciones a las que se dedicó el político riojano. Por último, los análisis de Isabel Burdiel (la tradición política progresista), de Anton Costas (el modelo de crecimiento económico propugnado por los progresistas), de Juan-Sisinio Pérez Garzón (la Milicia Nacional) y de Pilar de Miguel (la influencia de las ideas liberales en la pintura histórica) se adentran en algunos de los fundamentos e instrumentos que orientaron a los hombres del progreso.

El trabajo de José Luis Ollero, *El progresismo como proyecto político en el reinado de Isabel II: Práxedes Mateo-Sagasta, 1854-1868*, es una destacada aproximación global al progresismo de mediados del siglo XIX. SU investigación ilumina el proyecto político de Sagasta en la primera etapa de su larga carrera, sin el filtro deformante del Sexenio Democrático pero sin perder de vista lo que esa etapa aportó a su ulterior programa. Del «mapa conceptual» que sobre esa tradición construye el autor, dos afirmaciones me parecen absolutamente pertinentes. Primera, se trata de un proyecto «individualizado y particularmente diferenciado del moderantismo». Segunda, la aportación progresista «no sólo no debería ser minimizada en la comprensión de los cambios políticos y sociales operados, sino que tendría que proporcionamos una ayuda muy valiosa para interpretar la naturaleza social del cambio ideológico» implantado por el liberalismo (p. 171). Algo que a veces se olvida cuando se imputa en exclusiva al moderantismo y a la política moderada la construcción del Estado-nación español.

Sagasta fue un publicista político, hábil en el uso de unas técnicas de comunicación y, sobre todo, de unas redes de relaciones personales. De esta manera, su discurso ideológico, plenamente inserto en la esfera de los «liberalismos respetables», está desde el principio de su carrera supeditado al utilitarismo y posibilismo políticos. Unos rasgos que moldean una nueva elite política con nuevos mecanismos de acción e influencias que conectan las relaciones clientelares del espacio local con la política nacional. Sagasta, en efecto, desplegó una intensa y exitosa capacidad para absorber las redes moderadas de Zamora⁵ y crear un

⁵ Sobre esta cuestión, véase también MILÁN GARCÍA, J. R.: «Liderazgo nacional y caciquismo local: Sagasta y el liberalismo zamorano», *Ayer*, 38, 2000, pp. 233-259.

entramado personal en La Rioja que le asegurarían su futuro político. Se plantea así, como en el caso de Olózaga, el problema no suficientemente eSLudiado por la historiografía del alcance político y social del enLramado clientelar, o caciquismo, antes de la Restauración.

José Ramón Milán en *Sagasta o el arte de hacer política* propone un análisis que combina la biografía política clásica con el estudio del «liberalismo monárquico de izquierdas» para adentrarse muy especialmente en las formas de acción política y ejercicio del poder. Interrogándose sobre las claves y factores que explican el exitoso liderazgo sagastino, se puede comprender la larga perduración de un estilo de hacer política y de concebir ésta como «un terreno en el que las exageraciones, utopías y extremismos debían postergarse en beneficio de la transacción, la moderación y el realismo para generar en cada momento aquellas medidas que eran viables y adecuadas al eSLado de la sociedad existente» (p. 28). Realismo acomodaticio, pues, pero realismo que no comenzó durante el Sexenio, sino que tiene una larga génesis en la época isabelina. Como igualmente fue entonces cuando Sagasta maduró el núcleo de su ideario político al que nunca renunciaría. Realismo, en fin, que en los años cincuenta y sesenta del XIX no fue óbice para desarrollar una intensa actividad revolucionaria y radical. Como tampoco fue obsLáculo su (relativo) trasfondo populista para desconfiar y recelar de la ciudadanía y, sobre todo, de las masas.

Éstas son algunas de las paradojas del «arte de hacer política» en versión sagasLina. Unas paradojas que, según Ollero y Milán, iluminan también los claroscuros de ese magma que fue el progresismo y el liberalismo de izquierda. Bien distinta es la imagen que de esa corriente nos propone Jorge Vilches (*Progreso y libertad. El Partido Progresista en la revolución liberal española*, Madrid, Alianza Editorial, 2001). En clave de estricta historia política, Vilches analiza la trayectoria del Partido Progresista desde los primeros pasos del régimen liberal en los años treinta hasta la caída de la Primera República. Si bien el núcleo central de la obra es la experiencia del Sexenio Democrático, el autor sostiene que la actuación de esos liberales estuvo condicionada por los rasgos y actitudes adquiridos en la época isabelina. La cuesLión de fondo que recorre el trabajo es discutir las explicaciones que sobre el fracaso del proyecto progresista han sido formuladas, en particular las basadas en los «obstáculos tradicionales» que vedaron o dificultaron su acceso al poder. Asumir historiográficamente esta tesis, señala el autor, significa dar por bueno el discurso victimista que el propio pro-

gresismo elaboró a finales de la década de 1850 y en los años sesenta. Al contrario, su fracaso como opción plausible de gobierno se debió a las propias características y postulados asumidos por el partido desde 1835-1836: el dogma de la soberanía nacional, que implicaba un enfrentamiento permanente entre la nación y la Corona, el revolucionarismo como instrumento político, el exclusivismo en el disfrute del poder, la ausencia de liderazgo y de unidad orgánica, ideológica y táctica, el fraccionalismo personalista y la filosofía del progreso, que desvaloriza y desprecia el presente por un proyecto de futuro basado en una interpretación mitificada del pasado. Con estas credenciales, pues, «la aportación del Partido Progresista a la consolidación de la libertad en España aun siendo grande en el terreno económico fue cuestionable en el político», ya que su pensamiento y su acción «contribuyeron a la desestabilización del régimen liberal mesocrático más que a su consolidación» (p. 72). Su empeñamiento en esos postulados en nada ayudó a la estabilidad del «sistema de partidos» isabelino y a la larga provocó la ruptura de la convivencia entre los partidos liberales y obligó a la Corona «a una participación mayor de la necesaria en una Monarquía constitucional estable» (p. 76). En definitiva, «la consolidación del Estado constitucional en España no tuvo sólo que padecer la enemiga carlista, que dio excesiva presencia a los militares y forzó que los recursos económicos y humanos de la sociedad burguesa se destinaran a la guerra, sino que hubo de evitar el revolucionarismo progresista y a sus herederos, los demócratas, los republicanos y luego los federales» (p. 74).

Como se comprueba, la interpretación de Jorge Vilehes se distancia de la explicación generalmente admitida sobre el fracaso del progresismo –y admitida por falta de estudios–. Puede, pues, potenciar el debate y la discrepancia historiográficos, aunque algunos de sus asertos deban de ser revisados a fondo. Ciertamente, los historiadores deberíamos pensar los discursos del pasado que han marcado el territorio de la historia; en este caso, el de los «obstáculos tradicionales» de marca progresista, pero también el del «revolucionarismo» congelado en 1812 de impronta moderada y donosiana. De lo contrario, lo que se hace es proyectar una larga sombra que oscurece por completo el análisis histórico de los sujetos políticos, sus prácticas y representaciones. De llas prácticas y de unas representaciones que resultan incomprensibles si no se integran en las intensas luchas políticas e ideológicas de los años treinta y cuarenta en España y no se comparan con la evolución de los liberalismos europeos –una historia también pendiente–

La alternativa a una forma de hacer historia política desde la historia social clásica -aquella que ha impulsado las investigaciones desde la década de los setenta- no debería ser la historia política tradicional. La crisis de la historia social ha sometido a escrutinio muchos de nuestros más arraigados presupuestos y ha desplazado algunas visiones de la causalidad social. Pero ante esta crisis, la vuelta al pasado no parece que sea la mejor solución. El rechazo de la concepción de la política como un mero corolario o representación de intereses e identidades sociales, como un espacio cuyo significado debe rastrearse en factores estructurales vinculados a supuestos criterios socioeconómicos que homogeneizan radicalmente todas las experiencias, no debería llevar a explicar la política como una esfera desprovista de lo social. Ambas maneras de entender la acción política lastiman la comprensión del liberalismo y de sus luchas internas. Por un lado, el mantenimiento de postulados sociologistas estáticos, de la premisa de la uniformidad y homogeneización de la clase social dadas como reales, conduce a una visión socialmente restrictiva y ahistórica del liberalismo, así como a minimizar la ruptura de los liberalismos respetables -por cuanto unos y otros, moderados y progresistas, compartían lo que el historiador supone que era lo sustancial y determinante, el proyecto burgués de cambio socioeconómico como buenos burgueses que eran-o Por otro, la opción por una estricta historia política deja sin explicar las lógicas históricas de esos discursos, soslaya las mediaciones de unos sujetos sociales que disponen de recursos muy diversos y, en muchas ocasiones, deja entrar por la puerta falsa el supuesto de que la conciencia de los individuos es un efecto causal de las condiciones socioeconómicas de existencia.

La historia de los liberales españoles exige, en fin, la revisión de supuestos todavía vigentes: la necesidad de la revolución en la génesis de la sociedad contemporánea, el protagonismo absoluto de la burguesía en ese proceso, el anclaje necesaria y lógicamente del liberalismo político en el mundo burgués o la clarividencia de ese sujeto colectivo sin fisuras cuyo comportamiento, además, gira en exclusiva en torno al logro de beneficios materiales. Esta perspectiva invalida el análisis del discurso político, porque la clave de sentido está previamente desvelada, al tiempo que limita el estudio de las bases sociales de los proyectos políticos liberales al olvidar, no obstante ser citada, la idea que hace ya algunas décadas expusiera E. P. Thompson: toda clase es una «conformación social y cultural».

El estudio de los liberalismos y de sus respectivas culturas políticas se puede ver hipotecado por el peso de estos hábitos teóricos, algunos de ellos naturalizados por el propio imaginario liberal. Por ello, se debería desterrar de la comprensión del pasado viejas y paralizantes dicotomías y causalidades, como las que conciben al sujeto como unitario, coherente e inmerso en un único espacio de identidad o las que piensan la política a partir de significados descubiertos y desvelados en ámbitos socioeconómicos. En buena medida, algunos de los estudios objeto de este comentario ofrecen propuestas y sugerencias alternativas, al tiempo que enriquecen la visión del liberalismo decimonónico.